

INTERLUDIO 11.

UNA ÉPOCA DE NINGUNEO
(EXAMEN DE LA DELIBERACIÓN PÚBLICA EN MÉXICO)

RICARDO BECERRA

En un libro indispensable para entender nuestro tiempo,¹ Raúl Trejo Delarbre va directo al meollo, al centro de una patología que determina buena parte de eso que llamamos *calidad democrática*: En México “No hay un sólo asunto de interés público en el que todos estemos de acuerdo”.

Ese es el núcleo de la cuestión: hace rato, hace mucho, que México perdió la unanimidad, incluso un mínimo consenso sobre los asuntos que más importan. ¿Estamos haciendo lo correcto en el combate contra el narcotráfico? ¿Por qué persistimos en esa guerra tan costosa, impuesta por presión estadounidense, en medio de la improvisación institucional, la confusión y ostensibles agujeros legales?

Hablemos de la reforma estrella del gobierno de Peña Nieto, la petrolera, que tiene sumido a PEMEX en su peor momento, menesteroso, luego de haber financiado por decenios la tercera parte de la Hacienda nacional. Qué fiscalidad, cuáles y cuántos impuestos, un galimatías en medio de la caída de la producción y precios del petróleo y de gritos empresariales desgarrados. ¿Política salarial? Más desacuerdos. Ni siquiera la memoria de Don Porfirio queda a salvo de nuestra divergencia y desunión.

Nada, o casi nada, queda fuera del debate ni de la discordia. Y esto no es nuevo. Casi todo el siglo xx, casi toda nuestra era independiente, ha sido así, sólo que en los buenos tiempos de la dictadura o del autoritarismo, habían los mecanismos suficientes para imponer una verdad, callar la disidencia y tomar decisiones desde lo alto de la pirámide política. En esas condiciones, no saber discutir, no era problema.

Pero ahora esos mecanismos de poder están desvencijados o tienen mucho menos posibilidades de acallar las voces diversas, críticas o disonantes. Aunque nos choque, se impone la necesidad de escuchar, de entender al otro –a los muchos otros– y lo peor, verles la cara y conversar con ellos.

La situación penosa consiste en esto: durante los últimos 18 años, el poder político se ha dispersado más que en ningún otro momento de nuestra historia; y justo allí, en esa nueva condición, no estábamos equipados para escuchar, discutir, dialogar, elaborar ciertos consensos, establecer las condiciones de entendimiento a lo que nos obliga tal pluralismo y tanta desigualdad.

La transición democrática fue un acomodo a la modernidad que el país venía anunciando desde 1968: el despliegue de diversas racionalidades que coexisten y pugnan entre sí en el seno de nuestra sociedad, en realidad, de cualquier sociedad que ha alcanzado un relativo grado de desarrollo productivo, de diferenciación cultural urbana y de complejidad organizacional.

¹ Raúl Trejo Delarbre, *Alegato por la deliberación pública*, Ciudad de México, Editorial Cal y Arena, 2015.

Las muchas racionalidades y sensibilidades sociales ya no pueden unificarse bajo un sólo discurso o un sólo propósito. Y la pretensión democrática no consiste en encontrar “la razón” en medio de tantas posiciones, sino en alertarnos que ellas protagonizan un *big bang* cuyas fuerzas centrífugas las siguen alejando, enajenando, haciendo imposible el entendimiento de los problemas comunes y haciendo imposible, incluso, entablar siquiera una buena conversación.

El análisis que ofrece el citado libro de Raúl Trejo, comienza diseccionando las causas de la precariedad del debate público mexicano: complacencia (que digan lo que quieran); superficialidad (no importa documentar o ponerle datos a lo que se afirma); negligencia (descuido por lo que se ha dicho y paso veloz a lo que sigue); desinterés (debatir y poner las condiciones para debatir, no es prioridad de nadie); extrañeza (el buen debate es incluso mal visto, excluido de las páginas de los diarios); polarización (siempre se exageran las tintas); descalificación (grosería y lluvia de improperios en vez de argumentos); aldeanismo (rara vez nos comparamos y documentamos nuestros problemas en contraste con el mundo); espectacularización (los temas escandalosos son la materia preferida de los debates y los debatientes) y mediatización (sólo valen la pena los debates que se difunden en la televisión, a veces en la radio, los demás, no existen). Todos ellos, son los rasgos que, analizados uno por uno, dan cuenta de la patología de nuestra discusión pública.

Pero ¿qué nos tiene sumidos en este escenario? En primer lugar, el mal periodismo. Pero no sólo aquel que es incapaz de seguir las mínimas reglas deontológicas (qué, quién, cuándo, dónde y cómo); no sólo aquel que ha renunciado a buscar e investigar, a corroborar sus fuentes. Desde hace años ha permeado entre nosotros lo que yo llamaría un “periodismo de campaña, de perpetuidad electoral” porque tienden a informar acerca del gobierno como si estuviera de campaña y a informar acerca de las campañas como si tuvieran poco que ver con el gobierno.

Nuestro periodismo no trata de las cosas que suceden, sino de las palabras *que dicen* los personajes, de los cuales se conocen, precisamente, sus declaraciones verbales. Creo que no hay otro país en el que los titulares estén tan hechos –casi exclusivamente– de declaraciones entrecomilladas.

Es uno más de los efectos que tiene la dura lucha por la audiencia. Resulta informativamente más atractivo presentar a los políticos en una batalla encarnizada –dimes y diretes– por la supervivencia, que las complejidades de una sutil negociación, o los elementos reales, difíciles, de un problema público.

Los medios de comunicación militantes cancelan la necesaria explicación. Los medios cuya ideologización o partidización están por encima de la honestidad de la información; los medios que excluyen y que premian el escándalo por sobre la seriedad o la verosimilitud de la información. Los medios-denuncia, antes que ofrecer datos, cifras, el manto real de la compleja trama. Los medios electrónicos con inmenso poder económico, que a la manera de un partido, reclaman un lugar en la agenda y las decisiones públicas.

Allí están los primeros agentes de la enfermedad. Pero hay más. A la mala prensa se agregan los partidos y los políticos, teóricamente, los protagonistas responsables de elaborar la discusión de los temas esenciales en una democracia. Siempre a las carreras y sitiados por los medios, casi nunca se dan el tiempo para exponer problemas, sino para señalar culpables.

Es difícil encontrar agendas y propósitos. El caso clásico son los debates electorales. Allí aparecen, concentradas, todas las miserias de nuestro precario debate público: monólogos, personajes acartonados, sobreentrenados por asesores de imagen, atentos a las frases prefabricadas, sin hilar una explicación compleja, bipolares (capaces de asestar una denuncia gravísima a su adversario) para, segundos después, ofrecernos una sonrisa y su propuesta más amable.

Desde 1994 hemos visto todos los debates presidenciales y sólo recuerdo tres políticos con la preparación para eso, para debatir, que es una *exigencia democrática mínima*: Diego Fernández de Cevallos, Gilberto Rincón Gallardo y Patricia Mercado Castro. Haciendo cuentas, son 22 años, cuatro elecciones y 27 candidatos frente a la prueba de ácido del debate público directo y televisado. No hay mejor indicador.

La fenomenología es muy compleja pero llaman la atención las famosas “columnas”, verdaderas armas arrojadas donde los políticos y los poderes de hecho hacen circular y mandan recados obcecadamente, bajo la firma de un periodista que parece testigo directo, parece que estuvo allí, en el centro, como un espía que lo escucha todo de bajo de la mesa.

Los trascendidos, a la sazón el formato sin firma, se han convertido en lo más leído, atendido y repetido de los medios, la consulta obligada en cada mañana de anónimos que avisan a los gobernantes y políticos para saber por dónde van los tiros.

La penosa ausencia del derecho a la réplica. Una “desdicha generalizada” como dice Trejo, un uso y costumbre de los medios que de ese modo, niegan rotundamente el debate, la defensa propia, la polémica.

“La réplica entre articulistas fue intensa y fructífera en el periodo de los años setenta y ochenta (en pleno autoritarismo) no sólo del siglo XIX sino en el cercanísimo XX —dice Trejo— pero ahora, sin embargo, está mal vista en las propias casas de la prensa”.

Otro agente patógeno es la propaganda gubernamental: el narcisismo del Estado que paga millonadas por glorificarse. Una fórmula para ser reconocido por el gran público, aunque sea sólo una vez al año, en los minutos del Informe que brinda el funcionario, y ahora también, los legisladores.

En el resto del tiempo, nada de evaluación ni examen. Nada de problemas resueltos o persistentes. Nada de pendientes importantes, mucho menos un acercamiento a la gestión: autopromoción pura y dura que no informa pero que ayuda al “posicionamiento” en un ir y venir de frases sin sustancia, camufladas como “logros de gobierno”.

Los informes gubernamentales y la propaganda asociada a ellos, son una comunicación sin público ni objetivo: lo que importa es el emisor. Por ejemplo, aún hoy, seguimos escuchando al Congreso, presentándose como una congregación patriótica capaz de alcanzar acuerdos. Banalidad repetitiva y costosa. Por todo eso, se trata de la negación del diálogo y uno de los desperdicios de dinero público más ostensibles de toda la nación.

Hay más afluentes enfermizos: los spots electorales, por supuesto. No solamente la catarata de 96 anuncios que todos los días se transmiten durante las contiendas electorales (teóricamente, el momento más vital, construido precisamente para el gran debate público de las cosas que le importan al país); también su exiguo formato de 30 segundos, incapaz de portar más argumentos que un fugaz ataque, una canción o la entonación de demagogias sin sustento.

No todos caben o padecen de estas patologías, por supuesto. Hay excepciones, pero la absoluta mayoría incurre en este tipo de deformaciones que nos tienen sumidos en un miasma confuso y, aparentemente, sin salida.

El mal estado de la deliberación pública mexicana, es una de las fuentes del malestar y quizá, el gran pendiente de la cultura política democrática en México.